

Dinámica de los precios en los alimentos

SUPERAR la visión tradicional de la agricultura para estudiar sus formas de interrelación con la economía en su conjunto, exige en la actualidad adoptar una perspectiva de análisis de la producción agro-industrial.

Desde este punto de vista conviene centrar la atención en el proceso de formación y distribución del valor añadido a lo largo de la cadena de producción, transformación y distribución de los alimentos. Este enfoque viene justificado por el creciente grado de integración del sector agrario en la economía, que tiene sus manifestaciones más visibles en el persistente crecimiento de los gastos fuera del sector y en la progresiva diferenciación entre el producto agrario recolectado por el agricultor y el alimento tal como es adquirido por el consumidor final.

Dejando aparte los aspectos estructurales para centrar nuestra atención en el corto plazo, las relaciones entre los diversos agentes que intervienen en este complejo agro-alimentario se manifiestan en la dinámica de formación de los precios.

Tradicionalmente, la política económica española ha tenido como uno de sus objetivos prioritarios, y persistentes en el tiempo, el mantenimiento de un nivel relativamente bajo en los precios de los alimentos. Se trata en realidad de modernas versiones de la política del "pan barato".

Las tensiones inflacionistas, agudizadas desde 1974, han situado en el primer plano de las actuaciones del Gobierno las medidas encaminadas a reducir las tasas de inflación. Centrándonos en las repercusiones de este conjunto de actuaciones en la dinámica de formación de los precios de los alimentos discutiré en primer lugar las consecuencias de utilizar distintos indicadores para medir la inflación. A continuación, abordaré los problemas relacionados con la redistribución del valor de la producción por la vía de los precios en el sector agrario insistiendo en las consecuencias sobre la productividad de las variaciones climáticas. Tercero señalaré las consecuencias prácticas de cuantificar mediante modelos dinámicos las relaciones entre los precios en origen y en destino de los alimentos. Finalmente, trataré de extraer las consecuencias de todo lo anterior para enjuiciar la evolución de los precios de los alimentos y sus efectos en las rentas agrarias durante el último año.

Los distintos indicadores de precios

Actualmente, se ha generalizado la utilización del índice de Precios al Consumo (IPC), y más en concreto su tasa de variación, como medida "automática" y mecánica de la inflación. La notoriedad social se debe, sin duda, al hecho de ser el deflactor adecuado de los salarios. A este indicador le adornan además virtudes tan codiciadas como infrecuentes: cuidada elaboración, periodicidad mensual, y rápida publicación. Todo ello contribuye a que goce de una intensa vida social; en contraste el Deflactor del PIB con periodicidad anual y tardona aparición es mucho más recatado y se deja ver poco fuera de los círculos íntimos de la profesión.

La estructura del IPC supone que el componente "Alimentación, bebidas y tabaco" tenga una ponderación del 40,5% del total. Con inusitada frecuencia la publicación del indicador va acompañada de una danza de explicaciones tautológicas en la que la tasa de variación resultante se desvela mediante la suma ponderada de las tasas de cada uno de los siete grupos que lo componen.

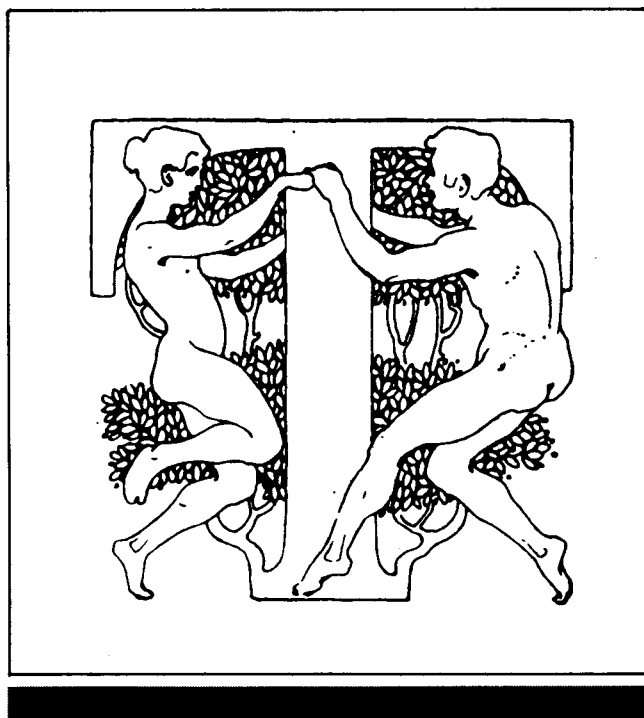
El eco social de este baile alcanzó uno de sus momentos más excitantes durante el pasado año cuando, al ritmo de las ponderaciones, tras la caída del velo culminante no aparecieron las curvas de Phillips como algunos esperaban. Ni tampoco los pérfidos sindicatos, ni los denostados monopolios. Lo que el público contemplaba atónito era la desnuda imagen de un pollo. Las mutaciones genéticas habían provocado la aparición del *broiler* inflacionista. Los descubridores del mutante profetizaron entonces toda suerte de ca-

tácticos sociales: se revisarán los convenios, decían, el Gobierno no cumplirá sus previsiones económicas. Ya no parecía importante contemplar las evoluciones de los siguientes números del programa. Qué importaban los récords de altura del tipo de cambio del dólar, ni los precios del petróleo que ahora se derramaba abundantemente sobre la pista internacional de baile obligando a la OPEP a esforzados equilibrios para no caer rompiéndose en pedazos. Muerto el pollo se acabó la inflación, parecían sugerir.

Sin embargo, se trataba de una cuestión de las multinacionales de los huevos. Era el resultado de una estrategia de restricción de la oferta de carne de ave que las integradoras venían instrumentando aprovechando la organización oligopolística del subsector. Para evitar las periódicas crisis de sobre producción y el consiguiente derrumbamiento de los precios, la patronal había decidido disminuir el volumen de huevos vendidos a las granjas de incubación. El éxito de esta estrategia de restricción de la oferta provocó una fuerte subida de los precios al consumo. Los tentadores precios de la carne han debido provocar trágicas consecuencias para más de una gallina ponedora. Así se explicaría que el cruzado mágico de las elasticidades precio de la oferta de huevos y carne de ave haya contribuido a la caída en la producción final de huevos. Esta caída se estima en -9,1% durante el pasado ejercicio 1984.

La intensa vida social del IPC ha provocado así, en numerosas ocasiones, un inmerecido protagonismo del sector agrario en la búsqueda de las causas de la inflación. Incluso tuvimos oportunidad de presenciar en los años anteriores la reposición de una versión postmoderna del celuloide rancio de la pertinaz sequía. Las oportunas lluvias de este año apagaron esos ardores. Con todo, la agricultura tan pronto interpreta el papel de abanderada de la lucha anti-inflacionista como de bestia negra beneficiaria de la protección arancelaria y sin ganancias de productividad.

Si existiera la paciencia para esperar la publicación de la contabilidad nacional (¡los dioses de la estadística nos la recompensen elaborando una trimestral!), se podría apreciar que la participación del sector primario en PIB español no llega al 10% ni con las mejores cosechas y las peores crisis industriales. En 1980, con una cosecha precipitadamente denominada del siglo porque la de este año batirá esa marca, la participación en el PIB fue del 7,44%.



Por tanto, cuando se utiliza el Deflactor del PIB como medida de la inflación, el pretendido protagonismo de la agricultura a la hora de ensayar las explicaciones estilo baile de Salomé disminuye considerablemente. Si lo que se pretende es evaluar la redistribución del valor de la producción por las diferencias en las tasas de crecimiento de los precios, es más adecuado usar el Deflactor del PIB. Sin embargo, este enfoque sólo permite establecer resultados a largo plazo y requiere además análisis comparados de productividad global.

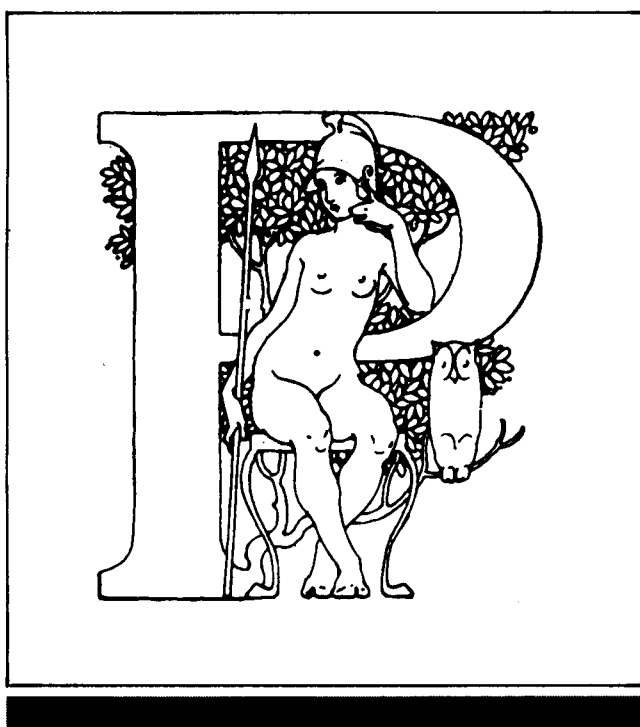
En los últimos años el Deflactor del PIB de la economía ha venido experimentado crecimientos superiores a los del Deflactor del sector agrario, excepto durante la crisis internacional de las materias primas en 1976-77. Esta situación ha forzado el crecimiento de la productividad global de la agricultura que desde mediados de la década de los sesenta ha venido recuperando el terreno perdido. Por el contrario, las mejoras de la productividad global en el conjunto de la economía se han visto lastradas por las escasas ganancias logradas en el sector terciario y, ya en los últimos años, puede haberse visto afectada por crisis industrial (1).

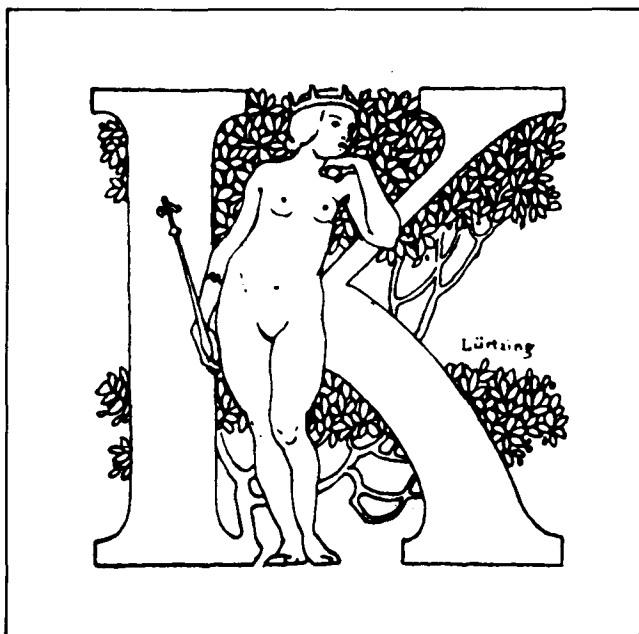
En cualquier caso, este tipo de enfoque no es especialmente útil para el análisis a corto plazo cuando se refiere a un sector que como el agrario, según se estima para este año, puede tener crecimiento interanuales de su producción final del 7,84% sin una alteración grave de los recursos empleados. Al menos de los recursos conseguidos fundamentalmente a través del mercado.

En otras palabras, las variaciones climáticas alteran los rendimientos obtenidos de forma tan sustancial que la utilidad de las comparaciones de productividad reside en la obtención de tendencias a largo plazo. En 1984, sin esperar a tener los datos, se puede aventurar que la mejora de productividad global ha sido importante. Pero esta afirmación seguramente no es muy relevante.

Relaciones entre precios en origen y destino de los alimentos

Si nos interesa medir el impacto de las variaciones de los precios percibidos por los agricultores en el IPC lo que parece más adecuado es intentar modernizarlas. El modelo a identificar debe tener carácter dinámico preferiblemente.





Reflexiones finales

Finalmente cabe hacer algunas reflexiones sobre el efecto en las rentas agrarias de la evolución de los precios. La notable mejora de los rendimientos durante 1984 debida a unas favorables condiciones meteorológicas que contrastan con las de años anteriores, tendrá consecuencias positivas en las rentas de los agricultores. No obstante, se aprecia un ligero deterioro de la relación entre los precios percibidos y los pagados por los agricultores. Este deterioro se puede cifrar en 2,5 o 3 puntos porcentuales de diferencia en la tasa anual de crecimiento en contra de los precios percibidos por los agricultores. Estos tendrán también un incremento menor que el IPC con un diferencial como mínimo de un punto en las tasas anuales.

La desaceleración de los niveles de inflación tendrá presumiblemente efectos favorables sobre el sector agrícola, ya que el volumen de recursos redistribuidos por la vía de las diferentes variaciones intersectoriales de precios queda forzadamente limitado. Desde esta perspectiva, hay que valorar positivamente las medidas antiinflacionistas basadas en los controles monetarios y los pactos sociales y financieros. También parece apreciarse una orientación de la política agraria encaminada a la defensa de las rentas agrarias por caminos distintos de los basados exclusivamente en la política de precios. Correlativamente, debería reducirse a sus justos términos el papel moderador de la inflación que puede jugar el sector agrario, abandonando toda similitud con la política seguida por anteriores gobiernos. Nada mejor para ello, que cuantificar y prever los impactos de las oscilaciones de los precios en origen sobre precios de los alimentos. De esta forma, se podría mejorar la eficacia de las intervenciones administrativas en cuanto a lograr mayores niveles de estabilización en los mercados y un mejor control de los efectos redistributivos de las medidas.

Algunas medidas en esta línea, como las encaminadas a mejorar el control de la relación entre los precios de los alimentos para el ganado y los precios de los productos ganaderos, ya están en marcha. Igualmente han sido publicadas normas encaminadas a favorecer el aprovechamiento de los recursos propios para alimentación animal. El éxito de esta línea de actuación puede hacer más frecuente que la balanza de pagos agraria se salde sin déficit, como seguramente va a suceder este año, en parte también, gracias a la excelente cosecha de cereales y la abundancia de pastos.

Lo primero que se apreció (2) al intentar modelizar el componente alimentación del IPC es un comportamiento profundamente distinto en sus dos componentes. Mientras los precios de los alimentos elaborados (IPCE) presentan un perfil suave, los de los alimentos no elaborados (IPCNE) siguen una evolución mucho más accidentada, recordando sus irregularidades a las apreciadas en los precios percibidos por los agricultores.

El modelo dinámico identificado, tipo función de transferencia, permite cuantificar la transmisión de los impactos de las fluctuaciones de los precios en origen sobre los precios en destino de los alimentos no elaborados. De los resultados obtenidos me interesa resaltar que los impulsos no se transmiten de forma instantánea sino a lo largo de tres meses. Por tanto, no resultan adecuadas las comparaciones de las tasas mensuales de los indicadores ni siquiera para obtener relaciones aproximadas. Cada punto de variación porcentual en los precios percibidos se transmite al IPCNE en un 23,57% como impacto instantáneo; al mes siguiente el 14,03% y a los dos meses el 7,97%. En los siguientes meses no se aprecia impacto significativo. La ganancia del filtro es pues del 47,57 % distribuida a lo largo de tres meses, como se acaba de señalar.

Sin embargo, en el IPCE una relación funcional como la especificada para el IPCNE no ha podido ser identificada. Esto parece argumentar a favor de la hipótesis de un perfil de los precios de los alimentos elaborados, influido más bien por los impactos de otras variables tales como los costes industriales, los de transformación y el excedente de explotación que las empresas de esta parte de la cadena agro-alimentaria obtienen.

Conseguir que los costes de los ajustes no recaigan sobre los eslabones de la cadena agro-industrial más débiles económica y organizativamente así como superar los numerosos problemas estructurales heredados constituye todavía un objetivo lejano. Pero una buena cosecha invita a proseguir.

NOTAS

- (1) San Juan, C.: 1983 *Agricultural Productivity in Spain*. (Discussion paper n.º X, Plymouth Polytechnic-Facultad de CC. Económicas y Empresariales de la Univ. Complutense).
- (2) San Juan, C.: 1985 *Precios Agrarios y Precios de los Alimentos: Análisis Univariante y Uniecuacional*. Banco de España. (En prensa).

